

A propósito del centenario natal

del P. URRABURU

EL RELIGIOSO Y EL FILOSOFO

I

ANGEL DE MENTE Y CORAZON

No hace muchos meses (*) recurrió en este mismo año (día 23 del mes de mayo) el centenario natal de aquel jesuita dos veces insigne, por santidad y por ciencia, que se llamó Juan José de Urráburu (1). Los pocos que aún restamos de quienes le conocieron y disfrutaron por superior y maestro no tendríamos perdón de Dios nuestro Señor si alguno de nosotros, dentro del año, no

(*) El presente artículo, dedicado a conmemorar el Centenario de uno de los filósofos escolásticos más notables del siglo XIX, debía haberse publicado en nuestro número de octubre del pasado año. Ya que por involuntario retraso no pudo ver entonces la luz pública, nos apresuramos ahora a presentarlo a nuestros lectores, en la seguridad de que recibirán con gusto este homenaje tributado a aquel gran filósofo que hizo reverdecer los lauros de la antigua Escolástica y con su monumental obra (*Institutiones philosophicae*, ocho gruesos volúmenes, Valladolid, 1890-1900) puso muy alto el nombre de España en el extranjero.—Nota de la Dirección.

(1) La Fe de Bautismo que tenemos presente, expedida por el párroco de Ceánuri (Vizcaya) D. Juan Severiano de Ibarreche, el día 23 de mayo de 1844, dice haber nacido el niño Juan José Santiago a las doce y cuarto de la noche precedente, dentro, pues, del día mismo de su bautismo. Fueron sus padres D. Telesforo Ramón de Urráburu, natural de Villaro, y doña María Jesús Jorja de Inehaurbe, natural del mismo Ceánuri.

conmemorase dulcemente su memoria. ¡Tan prendados nos dejaron a todos su elevada sabiduría terrena y la más encumbrada sabiduría del cielo, que fué su angélica santidad! Llenar, pues, ese vacío de conmemoración, cumplir ese deber sagrado por nuestra parte, eso es lo que pretenden estos renglones.

Visitábamos un día nosotros el pueblo de Oeanuri, perla de aquella bendita corona de pueblos de aquel relicario vizcaíno que se llama el Valle de Arratia. Hace de esto muchos años. Y alguien que había conocido casi de niño al P. Juan José nos le pintaba ya entonces (tal fué su expresión) "como un verdadero ángel en carne humana". Pasados algunos lustros, cuando ya el Padre había coronado su obra capital de toda la Filosofía y sus venerables sienes aparecían también coronadas de nieve blanquísima, otro padre muy docto y que penetraba bien el espíritu personal del autor a través de sus libros, condensó así su juicio sobre Urráburu, escritor: "Esta es obra de una mente verdaderamente angélica y de un corazón angélico"...

El acendrado espíritu religioso que heredó de su país y de su gente le impuso y grabó profundamente aquella ley suave, pero recta, justa y benéfica de la santa religión, "cumpliendo la cual—como dice Balmes—nos asemejamos a los ángeles, nos acercamos a la belleza ideal que para la humanidad puede excogitar la más elevada poesía" (2). Luego después, internado en lo más profundo de las ciencias humanas y divinas, y basado en los grandes principios que no pueden negarse ni en religión ni en filosofía, so pena de degradar la naturaleza, encontró en las regiones metafísicas puros espacios donde extender las alas de su ingenio, sintiéndose atraído a la suma verdad y belleza como a un inmenso foco de vida y de luz.

Tal fué el puro dualismo en que se movió el espíritu de nuestro Padre Urráburu. Tal el doble desarrollo de su vida de formación y de estudios, de santidad progresiva y de magistrales especulaciones, Vayan, pues, por delante unas pocas palabras sobre la primera fase angelical de ese selecto espíritu: la de su formación integral, tanto seglar como religiosa.

(2) *El Criterio (Obras completas, Barcelona, XV, 1925)*, p. 258.

II

FORMACION DE SU DOBLE ESPIRITU

No le cupo a su padre carnal la dicha de modelarlo, pues falleció cuando el niño Juan José sólo contaba un año de edad. Pero allí estaba la cristianísima madre para mirar por su angelito y pugnar porque sacase un trasunto de sus propias virtudes: ella, que, según tradición del pueblo, se comportaba cual otro Rafael con los pobres y viandantes, sirviéndoles de guías hasta conducirlos seguros al hogar y presencia del común Padre que está en los cielos. Así salió de caritativo el ángel de la casa. Y así se comportaba ya desde su niñez, "cautivando a todos—como escribía su párroco—con sus buenos modales naturales y cariñosos y hasta con su voz de ángel, que ejercitaba en el templo" (3). Y para que se vea cómo influían ya estos sus instintos angelicales en la doble educación de sus ideas y sentimientos, baste señalar que esa misma afición y tendencia a ser el guía y custodio de los pobrecitos la trasladó consigo al pueblo de Arrazua, cuando fué a cursar con un dómine los estudios de latín; y mucho más a la ciudad de Vitoria, cuando en 1859 ingresó en su Seminario para cursar Filosofía (4). Las Conferencias de San Vicente le contaban allí por asiduo visitador.

Atendiendo a los latidos de su piadoso corazón y a los impulsos de su espíritu, que le hablaban de Ignacio y su obra, no paró hasta remontarse y volar a poner su nido en la Santa Casa de Loyola. Era esto el día 3 de mayo de 1860, y contaba justamente a la sazón los dieciséis de su edad.

Sintetizando en una expresión toda la vida del Hermano Juan José Urráburu en el Noviciado, recordemos el apelativo que solían aplicarle todos sus connovicios, según testimonio de uno de ellos: "Era común entre ellos—escribía ese connovicio—, durante los años de su probación, llamarle *otro Berchmans*, por

(3) Así se lo comunicó el párroco Antiguo de Ceánuri, D. Juan Bartolomé de Alebar, al noble caballero salmantino D. Mariano Arenillas, ya difunto, quien preparaba unas notas biográficas sobre su amado P. Urráburu.

(4) Véase el artículo biográfico que publicó el P. Antonio Pérez Goyena en *La Semana Católica* de Salamanca, el día 8 de diciembre de 1902.

una muy natural modestia y compostura que reflejaba su pureza interna y su unión con Dios. Y nos admiraban tanto más—añade el mismo testigo—este su dulce continente y manera, cuando sabíamos todos muy bien que aquel angelito estaba de suyo dotado de genio muy vivo y de energías nada comunes”.

Alcanzó de rector en el Noviciado de Loyola al P. Leonardo Olano, que murió pronto, siéndolo de San Marcos, León. Por maestro de novicios, que mucho le apreciaba, tuvo al memorable padre Portes, el cual formó generaciones enteras de jesuítas en Loyola y luego en el destierro. Y contó entre sus connovicios más próximos a futuros célebres jesuítas, como Cadenas, insigne misionero; Federico Taura, no menos insigne meteorólogo; Baltasar Merino, naturalista distinguidísimo, y Baldomero Vidaurre, que formó en Filosofía a muchos y aventajados cursos.

Nuestro Urráburu, antes de cursar la Filosofía, que había de ser también su cátedra, estudió con ahinco en Loyola las letras humanas, poco después de hacer sus volos y ordenado ya de tonsura (4 de mayo de 1862) y de Ordenes menores (31 de julio siguiente). Mas aun entonces, si hemos de creer a su antiguo profesor el P. Juan José de la Torre, gran literato y pedagogo, no se ciñó tan sólo a la imitación sistematizada y somera de los clásicos. Libó de ellos la meliflua esencia, pero impregnada siempre de aspiraciones religiosas. Que profundizó bien, con pura intención y método, las reglas del arte clásico y la imitación de los modelos nos lo atestiguó un día el dicho Padre de la Torre, elogiándole mucho, entre otras cosas, por el acabado juicio que dió en examen público, allá por julio de 1863, acerca del poema épico *La Araucana*, de Ercilla; mientras su gran condiscípulo Pablo Villada disertaba sobre el *Bernardo*, y los renombrados José Vélez y Venancia Minteguiaga, sobre el poema épico en general (5).

Pasó a estudiar la Filosofía a León (1863-1866). Después, en Loyola, enseñó por varios años retórica a los jóvenes jesuítas (1866-1868). Y sacó, por cierto, discípulos muy aprovecha-

(5) En un baúl procedente de la residencia de *Dos Amigos*, en Madrid, bajo el nombre y pertenencia del P. Juan José de Latorre, había un curioso cuadernillo que decía: “Nota in auctores latinos a PP. Angelo Arcos, Josepho Piccinelli, et Josepho Giannuzzi, et a FF. Josepho Uriarte, Joanne Urráburu et Baldomero Vidaurre paratae”. Signo evidente de la laboriosidad clásica del H.º Juan José.

dos; tales como el P. Luis Martín, General más tarde de la Compañía de Jesús. Este mismo año del 68 un decreto del Gobierno provisional suprimía de repente la Compañía de España, exceptuando el Colegio de Loyola. Pero a los pocos días la Junta revolucionaria de San Sebastián pidió y obtuvo la inclusión de aquel colegio, y Urráburu tuvo que desterrarse con sus juniors a Saint-Acheul, en Francia (provincia de Champagne). Allí también siguió informando en las Bellas Artes a hombres eminentes después en ellas, como lo fueron Julio Alarcón, Ricardo Rochel, Ricardo Cappa y Mario Laplana, todos los cuales han dejado pruebas de perenne vitalidad en el campo literario.

Cerradas aún las puertas españolas a esta juventud jesuita, nuestro joven maestro Urráburu fué destinado por de pronto a Inglaterra (Colegio de St. Beunon), para principiar su Teología (1869-1871). Y sólo el bienio siguiente (1871-1873) fué permitido repatriarse y terminar brillantemente sus estudios teológicos en el gran Seminario de Salamanca. Traza divina fué que en aquel emporio de ciencia, en aquella insigne ciudad, restauradora un día de la Teología escolástica española, fuese a coronar y redondear su preparación teológica el que había de ser a no tardar un gran impulsor y como restaurador de la Filosofía católica en nuestra Patria. Júzguese de su notable aprovechamiento escolar en Salamanca por el dato siguiente. Durante el último curso de su carrera hubo un solemne acto de Teología, cuyo principal sustentante fué nuestro Urráburu. Y con tal acierto hubo de desempeñarse en aquella prueba, por una parte, que su preclaro profesor P. José Mendive aseveró que él mismo no hubiera sabido hacerlo tan diestramente. Y de otra parte, el doctor D. Enrique Almaraz, que se hallaba presente, futuro Obispo de Palencia, Cardenal de Sevilla y Prímado de Toledo y España, quedó desde entonces prendado y muy amigo del humilde jesuita, futuro maestro del Colegio Romano.

Vuelto a Francia, ya sacerdote, hizo en Larbey, de 1873 a 74, su tercera probación. Y como en ella se mostrase tan angelical de corazón como antes en sus estudios se había mostrado de entendimiento, plugo a los superiores que comenzase su carrera docente de ciencias mayores con los mismos jóvenes jesuitas el

que tantos discípulos había de dar después en Roma a la Iglesia universal.

III

EN EL MAS ALTO PROFESORADO

Los mismos superiores le encomendaron en Poyanne, todavía en el destierro, primero, las clases de Lógica y Metafísica (1874-1876), y luego, las de Teología dogmática (1876-1878). Dió tan buena cuenta de sí, que el Padre General se fijó en él y le destinó a "leer Filosofía" en la celeberrima Universidad Gregoriana de Roma. Son varias las cartas suyas que conservamos de esta época donde el buen Padre confesaba le cayó el destino "como una bomba, por lo impensado y comprometido" (6), y dice que "necesitaba se le encomendase tanto más cuanto que en las circunstancias en que le tocaba enseñar necesitaría mayor gracia de Dios y mayores ayudas de costa" (7).

Y es que llegaba a Roma precisamente cuando León XIII, exaltado apenas al solio pontificio, daba a conocer sus designios de restaurar los estudios según las doctrinas de Santo Tomás, cuando desde hacía treinta o cuarenta años (son palabras del mismo Urráburu) "eran ya pocos los que sostenían el honor de los antiguos y venían siendo acaloradas y clamorosas las disputas entre escolásticos y tomistas" (8). El General de la Compañía, P. Beckx, que desde 1863 se había ceñido a acallar las disputas escolares, decididamente ordenó que, en 1878, se enseñase el sistema escolástico, con exclusión del atomismo y dinamismo. Y luego, la Congregación vigésimotercera, en su decreto décimoquinto, declaró vigente la legislación antigua en esta y otras materias similares, entonces debatidas. ¿Cómo el joven profesor Urráburu, ángel de paz y de obediencia, que deseaba obedecer *corde pleno et animo volenti*, como él decía, no se había de inquietar barrantando la

(6) Carta al P. Ruiz de Velasco, 13 de octubre 1878.

(7) Id. a id., 20 de octubre.

(8) *La mente de la Compañía acerca de las doctrinas escolásticas que se refieren a la constitución de los cuerpos.* (Plática priada a los HH. Filósofos.)

cruzada que había de sostener en pro de la Filosofía cristiana contra tantos criterios falsos, engendradores de tantas aberraciones materialísticas?

Pero al sentarse, al fin, en su cátedra, fiel a la Iglesia de Dios y fiel a la Compañía, todo obstáculo para él quedó vencido.

Por la fidelidad a la Compañía, se constituyó como en ángel custodio de sus discípulos, velando por la pureza de sus doctrinas. "Fijos de nuestra Madre—les decía—, que ella no pretendo torturar nuestros entendimientos, sino precaverlos de todo peligro de error y mostrarles el camino más seguro para que salgan sabios cristianos" (9).

Por la fidelidad a la Iglesia, su Madre, y al Pontífice entonces reinante, que acababa de proclamar al glorioso Santo Tomás de Aquino patrono de todas las escuelas católicas, nuestro joven profesor tomó decididamente al Santo por especial abogado de sus tareas intelectuales. Y había además en su sér no sé qué simpatía personal de afinidad hacia quien él mismo no se cansaba de llamar "Ángel siempre, no menos por la pureza de su alma y cuerpo que por su portentoso ingenio" (10).

De hecho, las prendas personales del Doctor Angélico y el mérito incomparable de sus obras le atraían lo bastante para enamorarse de él, aun sin recurrir a los testimonios dichos de las más altas autoridades de la Iglesia y de la Compañía. Y las dotes y cualidades que más admiraba en los escritos del Santo venían a ser como él mismo lo consignó: "la sutileza en el discutir, el juicio y acierto en escoger las opiniones, la copia y erudición en tratar las cuestiones por todos sus aspectos, la profundidad en descender hasta el fondo mismo de ellas, la precisión de lenguaje, claridad de estilo, rigor y nervio en probar y modestia en refutar a los adversarios" (11). Cualidades eran éstas que es fama tendía él mismo a imitar en el estilo didáctico de sus clases, como luego lo intentó en sus escritos. Y esas

(9) *Ibid.*, p. 19.—Era tal su amor a la Compañía, que siempre traía en su boca expresiones como estas: "Todo cuanto a nuestra Santa Compañía atañe me llega muy al corazón". (Carta al P. Ruiz, de 6 de septiembre 1879.)

(10) *Pláticas sobre Santo Tomás dirigidas a los III. estudiantes de Oña* (1895), p. 2.

(11) *Ibid.*, p. 6.

mismas cualidades recomendó siempre, como supremo ideal, a sus oyentes y súbditos, mereciendo en su día por ello un expresivo elogio del General de la Compañía, P. Luis Martín (12).

A sus teólogos, cuando explicaba esta ciencia, les recomendaba mucho que no dejaran pasar ni una cuestión en clase sin estudiarla al mismo tiempo en el Santo, que para eso se les daba a todos un ejemplar de la *Suma Teológica*, a la cual deberían también acudir a buscar argumentos para sus círculos y disputas. A sus filósofos, durante casi todo su magisterio, les imbuía en la *Suma* filosófica, en los *Comentarios sobre el maestro de las Sentencias*, en las *Cuestiones disputadas*, en los opúsculos, en los comentarios sobre Aristóteles, etc. Y si por de pronto no estaban en condiciones de engolfarse en ese mar de ciencia, a lo menos les pedía que se acercasen a sus riberas, que evacuasen en el original las citas de sus textos y que en todo caso procurasen aficionarse a un Santo tan docto y tan amable.

No se crea, sin embargo, que el hijo amantísimo de la Compañía dejase, en muchos casos, de consultar "con preferencia y especial cariño" a nuestros grandes maestros los Suárez, Lugo, Belarmino, Valencia y otros insignes; porque "nada más enemigo de la ciencia y de la virtud—decía él—que esos exclusivismos raquíticos, toda vez que lo que es conforme a nuestro fin e Instituto se ha de tomar de donde quiera, y más si se nos está mandado" (13). A la verdad, si su apego sumo al Angélico pudo acarrearle algún sinsabor de parte de los seudocientíficos, no menos, sino más acrimonia, podrían poner acaso los que todo, aun lo no bien probado del Santo, quisiesen hacerlo pasar por el rasero algo arbitrario que ellos se forjasen. Nuestro catedrático gregoriano no podía autorizar con nombre tan augusto ciertas doctrinas, porque "sabido es que no enseñó el Santo todo lo que los hombres muchas veces le atribuyen, descosos de honrar sus opiniones con el prestigio de tan indiscutible autoridad" (14). Ni podía tampoco admitir a carga cerrada lo que, sin más examen,

(12) Carta al P. Urráburu, rector de Oña, 29 junio 1892.

(13) Su acendrado amor a estos grandes intérpretes de Santo Tomás era proverbial entre nosotros. De San Bellarmino, en particular, podemos decir que trabajó acérrimamente por preparar su beatificación.

(14) Pláticas citadas, p. 10.

parezca encontrarse en las obras del Santo. Quería estudiarle profundamente, pero estudiarle como aquellos grandes teólogos nuestros que explotaron bien las genuinas vetas de su doctrina y en ellas, a ser posible, se inspiraron; sólo en rarísimos casos dejaron de seguirle.

Con esa enérgica resolución, compatible con la discreta mansedumbre, bandeóse admirablemente el profesor Urráburu durante los nueve años de su cátedra romana de Filosofía (1878-1891). Sus afanes pedagógicos, y acaso en mucha parte el doloroso venecimiento de su espíritu, le acarrearón, ya en la primavera de 1880, una gravísima enfermedad, que le puso a las puertas de la muerte. Pero, por punto general, su paso por Roma fué más bien un paseo triunfal, donde no le faltaron ni las aclamaciones debidas a su inteligencia preclara ni los agasajos de amor que arrancaba su carácter angelical a propios y extraños.

IV

GOBIERNANDO Y ESCRIBIENDO

No erraba nuestro biografiado cuando en su carta al General de la Compañía le confesaba deber a nuestro Señor una rara cualidad, y era que "se le hacía muy compatible el escribir libros y desempeñar otros cargos de obediencia" Los que en Oña le vimos tantas veces romper el hilo de su composición tan grave para atender a nuestras pequeñas cuitas no lo podemos dudar ni un momento. Pero ahí están sus gruesos volúmenes para testificar la admirable simultaneidad de autor y gobernante que ejercitó desde el año 1887, que fué nombrado rector de Valladolid, hasta el 1902, que dejó de ser rector de Salamanca, dos años justos antes de su muerte (1904).

Verdad es que—como escribe el sabio Padre José M.^a Ibero en preciosas apuntaciones de su mano que tenemos a la vista—"no buscaba él su gloria personal ni pretendió trazar nuevos sistemas o derroteros a la ciencia filosófica. Se contentaba con entresacar, cual abeja diligente que liba en las flores, entre el cúmulo de autores consultados, lo más escogido y selecto de la doctrina,

evitando toda rareza y excentricidad, no menos que el espíritu combativo y descontentadizo, que no deja en pie ninguna de las pruebas generalmente adoptadas" (15).

Con todo eso, ¡cuán enorme trabajo y cuánto mérito supone la *Introducción* que escribió en Valladolid durante su rectorado! Porque ella es "un resumen completo y un recorrido históricos de los autores y escuelas; todo por dar a conocer en el contraste de las doctrinas la raíz de los desvaríos, la necesidad de la argumentación seria y la superioridad sobresaliente del conjunto doctrinal escolástico, iluminado en las cuestiones más trascendentales con los seguros destellos de la revelación" (16). Y ese mismo discreto eclecticismo que no se ciñe con estrechez de espíritu a una escuela, siquiera coincida en las líneas fundamentales con el doctor Angélico, ¡qué ductilidad de ingenio, también angélico, supone, como si penetrase, cual esos puros espíritus, con simple intuición, las más acertadas soluciones!

Su *Lógica Menor* es extensa, porque (como recuerda el Padre Ibero) solía decir, y así los sentía vivamente, que los desvaríos de las filosofías modernas procedían en gran parte de no saber argumentar y, por ende, no distinguir entre el sofisma y la prueba.

También en la *Lógica Mayor*—hace notar el mismo—puso especial empeño en determinadas cuestiones muy de la época. Así, sobre el criterio de la verdad, pugnó por cortar de una vez la discusión de si la evidencia, criterio de verdad, es la objetiva o la subjetiva, admitiendo por tal la objetiva-subjetiva. Dió a la cuestión de los universales la importancia perenne que en todos tiempos tuvo. En la deducción de los principios supo dar el lugar que corresponde a la experiencia, la cual lustra los conceptos para su inteligencia, sin que por eso la adhesión del juicio se funde y apoye en la experiencia contingente y singular, sino en la unión necesaria e identidad real de los conceptos, ilustrada con luz propia (17).

Para la clasificación de las ciencias quería nuestro autor que se atendiese al distinto grado de abstracción de ellas, porque tal norma, al par que guía para distinguir unas de otras, previene

(15) *La Filosofía del P. Urráburu*, manuscrito en nuestro poder.

(16) *Ibid.*

(17) *Ibid.*

discusiones que radican en incomprensiones mutuas, olvidando la diversidad de campos y planos en que se mueven las ciencias diversas. Un buen cosmólogo, por ejemplo, que atiende a la realidad cósmica no admite sino tres dimensiones en los cuerpos existentes; pero deja vagar al matemático por sus mundos ideales y por espacios de indefinido número de dimensiones (18).

Cuando apareció la *Ontología*, publicada también en su rectorado de Valladolid (1891), escribióle al punto el competentísimo Padre Pablo Villada, que, a su juicio, "no desdecía de la Lógica, antes la aventajaba en su género". Asimismo, el notable filósofo italiano Schiffrini y el francés Delmás le colmaron de elogios. Lo mismo el insigne español, doctor Peña, de Burgos. Y en general los suaristas se congratularon de ver tan admirablemente compendiada la genial y magistral Metafísica del Doctor Eximio, sobre todo en el tratado *De Causis*. Uno y otro, bien se ve, llevan en sus metafísicas la mira de informar e imponer a los que han de cursar los estudios teológicos, a fin de que penetren más fácil y sólidamente las doctrinas teológico-escolásticas. En sus tratados, por ejemplo, *De Relatione*, y más todavía en el de *Actione et Passione*, se hallan como en semilla las soluciones de grandes problemas teológicos, y aun de cuestiones hondas que se tratan en Cosmología, Psicología y Teodicea. De ahí la importancia que a tales tratados concede nuestro filósofo, llamando a juicio en cada caso las sentencias de los autores modernos no escolásticos.

Siendo ya rector del Colegio Máximo de Oña terminó y publicó el P. Urráburu la *Cosmología*, tercer volumen de su magna obra. Allí, en aquel emporio del magisterio escolástico, nos asombró a todos por su facilidad de pluma, por la suma caridad con que interrumpía su escrito colgando la pluma en la oreja para escucharnos, y por aquel angélico fervor con que asistía al altar, implorando sin duda blanca luz del cielo para sus encubramientos cosmológicas y psicológicas.

Con razón nota el P. Ibero en sus "apuntaciones" que, mientras nosotros estudiábamos laboriosamente las categorías de Aris-

(18) Recuerda oportunamente el autor de las *Apuntaciones* que usó con mucha maestría tal modo de clasificar las diversas ramas de las matemáticas el malogrado sabio P. Pulgar, principalmente en su *Introducción a la Filosofía de las Ciencias Físico-Químicas* (Lieja, 1934-1935).

tóteles, él con soberana maestría seguía el orden de las mismas en su tratado cosmológico, "abarcando con plena visión todo ese campo científico del Cosmos que hoy indebidamente se suele reducir a unas cuantas cuestiones por regla general secundarias" (19), mientras a nosotros nos exhortaba a sostener las posiciones tradicionales de la filosofía escolástica, siempre que no las derriben como falsas los hechos comprobados de la experiencia; él "se esforzaba en armonizar con las ciencias físicas y químicas de su tiempo las tesis generales de la composición esencial de los cuerpos y las realidades accidentales de la cantidad y cualidades" (20).

Señaladamente, cuando se propuso escribir la *Psicología*, mérito principal de Urráburu, a la cual dedicó tres grandes volúmenes, es notable los libros que leyó de Historia Natural y Fisiología (21). Alguien ha visto ya cierto intujo de los psicólogos modernos en el método general seguido por nuestra filósofo, que no discute primero, como suelen los escolásticos, la sustancia del alma y después las operaciones, sino al contrario (22). Pero es escrúpulo de poco monta, dado que los escolásticos siempre proclamaron también que a las sustancias hay que descubrirlas a través de sus operaciones. Y singularmente, en el estudio mismo de la sustancialidad del alma humana, continuamente utilizaban las potencias y los actos; sin que por eso haya dificultad en discurrir, ante todo, sobre la existencia, espiritualidad, etc., de nuestra alma, ciertamente por medio de sus fenómenos y manifestaciones que asoman a la conciencia.

Véase cuán felizmente desde el principio trata Urráburu del principio vital. Y más aún, cuán bizarramente defiende la unidad

(19) Algún reparo se le ha puesto al empeño que muestra en rechazar, tratando de la acción creativa el modo de dependencia de nuestro Suárez, como si ese modo fuera una entidad estática, y no una relación dinámica que arranca de Dios y termina en la criatura.

(20) La teoría cinética, tan en boga entre los físicos de entonces, y considerada ya insuficiente en la física moderna, fué justamente rechazada por él en las exaceraciones que contiene. José Irujo *La Filosofía del P. Urráburu* (Apunt. ms.).

(21) Poseemos la lista de los autores nacionales y extranjeros que procuraba consultar, y es abundantísima y escogida en todos los ramos de las ciencias naturales.

(22) Cfr. Antonio Nadal: *La Psicología del P. Urráburu en Razón y Fe*, t. 14, p. 317 (1906).

substancial del organismo viviente contra la hipótesis colonista y polizoista, deficientemente impugnada por algunos neoescolásticos.

Ni es necesario descender a pormenorizar cada una de las teorías psicológicas que integran estos tres voluminosos libros. Baste recordar de pasada (siguiendo al mencionado catedrático oïense en sus breves notas) algunos puntos de no escasa importancia magistralmente tratados por el maestro. Tal son, por ejemplo, la tesis del transformismo en biología, cuyos fundamentos impugna, aun en el terreno *a posteriori*, con todo conocimiento de los datos y observaciones allegados hasta la hora (23); la tesis de la sensación como función del compuesto, posición anticartesiana hoy muy adoptada por los psicólogos escolásticos (24); sus estudios sobre la espiritualidad del entendimiento y sobre el origen de las ideas; su examen de los sistemas erróneos, principalmente el ontologismo y tradicionalismo, y muy en especial los idealismos de Gioberti y de Rosmini (25); y finalmente, hasta su estudio sobre el hipnotismo y sobre los fenómenos de sugestión, con ser así que de entonces acá, por el progreso de la psicología experimental y de las ciencias de observación, habría tal vez de modificar en algo sus soluciones.

Los dos volúmenes de la Teodicea (1899-1900) preparólos el Padre Urráburu siendo rector del Seminario Central Salmantino. Y para ello le ayudaría seguramente el corregir y completar sus explicaciones mismas de la Gregoriana, basadas en buena parte en los tratados de Ruiz de Montoya. Allí comenzó también a elaborar el *Compendio* que luego fué publicado en cinco volúmenes (1902-1904). Trabajo ímprobo todo él que acabó de demostrarnos lo sutilísimo y diáfano de su mente verdaderamente angelical, la cual no se pudo enturbiar ni por la labor sobrehumana de aquel rectorado, ni por los incidentes y sinsabores, a veces demasiado humanos, que pudieron acibararlo (26).

(23) Todavía en el no lejano centenario de Darwin se exhumarón insistentemente los mismos datos y observaciones. Nuestro autor, por su refutación fué calurosamente aplaudido por ilustres biólogos y médicos.

(24) Sin embargo, véase lo que dice a este propósito Nadal en *Razón y Fe* (t. 14, p. 321).

(25) Para su estudio le ayudó mucho su magisterio y estancia en Roma.

(26) Algo sufrió el P. Urráburu en Salamanca (tan amada por él) con motivo de la tormenta que se levantó en nuestra patria contra las placas públicas del Sagrado Corazón, que alteraron los humores de los impíos y pusieron a prueba el temple de los buenos.

Concluida en 1904 su magna obra filosófica, aquel santo y doctísimo varón, que había dejado el superiorato desde hacía dos años y refugiándose en el colegio de Burges (noviembre de 1902) para subvenir a los deterioros de su salud, sintió que sus achaques arreciaban y el corazón le fallaba. Dióse, pues, cuenta de que por voluntad divina llegaba por fin a la meta de su asendereada carrera en el mundo. Y ¡cuán dulcemente recibió la fatal noticia y se dispuso a su éxodo!...

Nada valieron los esfuerzos de la ciencia médica, ni la solicitud más que paternal de los superiores. Y así, el día 11 de agosto de 1904, en la plenitud de sus facultades mentales, pero herido de muerte su organismo, plegó, por decirlo así, sus alas aquel ángel de mente y de corazón, que hacía ya muchos años, ante la muerte angélica de uno de sus discípulos en Francia, llamado Ortega, había escrito: "Muriendo está nuestro hermanito en la paz de Jesús, y parece un ángel.... Tal muerte me dé Dios a mí... ¡Y que así sea!" (27).

Y así murió, efectivamente, como anhelaba morir aquel varón humildísimo, que quiso serlo siempre (son sus palabras), "como Santo Tomás, San Luis Gonzaga y San Juan Berchmans, porque la humildad y modestia (decía) es el mayor realce del talento" (28): aquel varón mansísimo, que llamó siempre la atención por lo deferente y respetuoso con sus mismos contradictores; aquel varón religiosísimo, que sabía bien y practicaba el dicho de Balmes, que sólo "la religión católica nos ofrece cuantas garantías de verdad podemos desear" (29); aquel hombre de fe profundísima, que se extasiaba ante los misterios, como los ángeles (30); aquel tierno devoto del Corazón de Cristo, a quien vimos varias veces derramar copiosas lágrimas ante su altar; aquel especial devoto de los Santos, con cuyas reliquias exornó abundantemente nuestra capilla del Colegio vallisoletano; aquel apóstol celoso de la gloria de Dios, que como los ángeles buenos recibía extremo contento de ver a su Padre y Señor glorificado por todo el mundo; aquel pecho energético y fortísimo, que ante la mentira

(27) Carta desde Poyanne al H.º Tomás Egaña (5 Oct. 1878).

(28) *Pláticas* sobre Sto. Tomás de Aquino, p. 62 (1895).

(29) *Criterio*, cap. 25.

(30) *Beraza, De Deo Creante*, p. 257 (Bilbao, 1921).

ciencia no arrió jamás el estandarte de la fe, experimentando en sí lo que dice Balmes: que la filosofía, a la sombra de la religión, se hace más osada y suelta porque no puede extraviarse (31).

Así murió, en fin, el veneradísimo P. Urráburu, venerador sumo él de las Ordenes religiosas, donde tenía excelentes amigos; amantísimo de la Compañía, cuyo *Ratio* seguía y propagaba; muy amado de los superiores, como lo testifican cartas de ellos; muy amado de sus discípulos, los cuales, vivo y muerto, le dedicaron recuerdos poéticos que conservamos; muy amados, en fin, de su Dios, a quien está cantando ahora y para siempre con aquella su voz melodiosa y clara que delataba la pureza angélica de su alma.

Descanse él en paz, y otórguenos a todos la paz que necesitamos.

CONSTANCIO EGUÍA RUIZ, S. J.

(31) *Filosofía elemental*, III, núm. 387.